

CAPÍTULO 3

RACISMO, COLONIALISMO Y VIOLENCIA CIENTÍFICA

Cuando se habla de racismo en América Latina muchas personas oponen reparos a que este tema sea considerado relevante, excepto para referirnos a la situación norteamericana, a la Sudáfrica del *Apartheid* o a la Alemania nazi, ya que entre nosotros no sería un problema central ni vigente.

Esta manera de pensar el racismo evidencia la capacidad que han tenido los saberes sociales hegemónicos, pero también los subalternos para ocultar los racismos cotidianos que operan en nuestra región, así como para colocar en ciertas situaciones consideradas como excepcionales, la presencia del racismo.

Y es por eso que, para unos, el antisemitismo es un problema inventado por los judíos, incluido el denominado holocausto, mientras que para otros, el racismo sólo existe donde haya convivencia o por lo menos relaciones entre negros y blancos, pero no ‘entre nosotros’.

Pero el racismo no solamente es una cuestión de segregar negros u odiar judíos; el racismo debe ser referido a las relacio-

nes sociales, económicas y políticas a nivel macro y microsociales que implican la negación, discriminación, subordinación y explotación de los otros en nombre de pretendidas características biológicas o culturales.

Toda relación social que signifique ‘cosificar’ a los otros, es decir negarles la categoría de persona o si se prefiere de sujeto, de inferiorizarlos, de humillarlos directa o indirectamente en nombre de la raza o de las características culturales biologizadas y manejadas en términos de clase, de género o de etnia constituye racismo.

Toda nuestra historia latinoamericana está construida sobre relaciones raciales, la relación con el indio, con la población de origen africano, con los migrantes europeos y asiáticos, con los migrantes latinoamericanos que llegan o atraviesan nuestros países, así como con nuestros propios migrantes que se trasladan desde nuestras provincias pobres hacia los centros económicos urbanos. Todas estas relaciones están saturadas de racismo, y de un racismo que en múltiples ocasiones condujo a asesinatos masivos, incluidos etnocidios.

Las mismas personas que niegan nuestro racismo cotidiano pueden reconocer que algo de prejuicio y de discriminación podemos tener, pero nada parecido a lo que fue la Alemania nazi o a las masacres que, en términos racistas, se dieron entre Nigeria y Biafra, entre Pakistán y Bangladesh o entre hutus y tutsis en la segunda mitad del siglo xx. Quienes esgrimen estos argumentos deberían saber que América — toda América — está constituida sobre el etnocidio más profundo que conoce la historia, por lo menos hasta ahora, ya que decenas de millones de amerindios y de africanos murieron en forma directa o indirecta

debido a las condiciones impuestas por la conquista y explotación colonial.²⁵

Hasta la llegada de los europeos, según cálculos más aceptados, América contaba con una población que oscilaba entre 90 y 110 millones de habitantes. Después de un siglo y medio de colonización ‘desaparecieron’ entre 85% y 90% de los nativos. A lo cual habría que agregar casi diez millones de negros africanos que habrían muerto en el tráfico de esclavos hacia nuestra región.

América Latina montó su organización sociocultural y su trayectoria económica sobre este etnocidio, el cual ha sido negado oficialmente por la mayoría de nuestros países, pero sobre todo ha sido y sigue siendo ignorado por la población, incluidos sus sectores subalternos. En un país como Argentina los libros en que los niños y jóvenes aprenden la historia de su sociedad no registran este proceso, imponiendo la imagen de un país en el cual los indios y los negros parecen ser una especie de excusa histórica para que el ‘hombre blanco’ desarrolle su civilización.

²⁵ La mayor parte de la población amerindia murió a causa de enfermedades infectocontagiosas transmitidas por los europeos, lo que todavía sigue ocurriendo en la actualidad con los pocos grupos étnicos que aún permanecen relativamente aislados. En los últimos años, los ayoreo-totobiegosodes han sido obligados a abandonar sus tierras debido a la penetración del empresariado paraguayo, y están muriendo de enfermedades respiratorias, dado que carecen de inmunidad. Como señaló S. Corry, director de *Survival International*, “Esta tragedia no es una sorpresa. Cuando se fuerza el contacto de pueblos indígenas aislados con la sociedad foránea, la enfermedad le sigue rápidamente. Esto prueba que el contacto forzoso no es más que una sentencia de muerte para los pueblos indígenas” (*Survival International*, 2014).

Estudios realizados durante los sesenta y setenta sobre el contenido de los libros de primera y segunda enseñanza en varios países —americanos incluidos— constatan la ausencia de procesos racistas sobre los cuales se constituyeron dichos países y evidencian la persistencia del racismo a través de la manera en que dichos libros describen a personas de otras sociedades, generando una visión negativa y reforzando los estereotipos de infantilismo, inferioridad o agresividad que existen hacia ellas.²⁶

El racismo siempre está en los otros

Oficialmente nuestros países latinoamericanos consideran que no somos sociedades racistas, la cual constituye una de las constantes ‘astucias’ del racismo, y lo más grave es que la mayoría de nosotros asumimos esa afirmación como cierta. Más aún, nuestra falta de racismo es uno de los pocos hechos que nos diferenciarían positivamente de Estados Unidos, que por definición es una nación racista para los latinoamericanos.

El racismo entre nosotros está normalizado, formando parte de nuestro inconsciente cultural que se pone de manifiesto todos los días, nada más que lo negamos viviendo nuestros actos como no racistas. Cuando señalo en mis clases de antropología estos aspectos, una parte de los alumnos cuestiona

²⁶Esto no sólo ocurre en los libros infantiles, sino también en los manuales alemanes, británicos, franceses, portugueses, rusos y suizos en que se estudia la historia de los países de América Latina, Asia y África. Ver Preiswerk y Perrot, 1979.

mis afirmaciones, por lo que les propongo que asocien las palabras ‘caníbal’ o ‘infanticidio’ con algún tipo de sociedad o país; sistemáticamente la casi totalidad no identifica estas palabras con sociedades blancas, occidentales y cristianas sino con determinados grupos étnicos. Sólo algunos alumnos tienen noción de la existencia de canibalismo en nuestra sociedad occidental, así como de la persistencia de los infanticidios, por supuesto no ritualizados, pero desgraciadamente frecuentes.

Malinowski permaneció durante varios años en las islas Trobriand —debido a que allí lo sorprendió la Primera Guerra Mundial— y convivió como antropólogo con diversos grupos étnicos, algunos de ellos caníbales. Al conversar un día con un anciano antropófago, quien estaba enterado de las matanzas que se generaban en Europa, dicho anciano le preguntó qué hacían los europeos con tanta carne, a lo que Malinowski contestó que los europeos no comían carne humana. Y el anciano caníbal comentó “¿Entonces matan por matar?”. Obviamente, por lo menos en las guerras imperialistas no se mata por matar, pero la pregunta del anciano antropófago sigue vigente: ¿Para qué tantos asesinatos?, y por derivación, ¿por qué asombrarnos del canibalismo? El mero hecho de que asociemos ciertos comportamientos con determinados conjuntos sociales y no con nosotros; el que palabras como salvajes, primitivos, mestizos u orientales evoquen determinados sujetos y comportamientos, está indicando la presencia de un racismo inconsciente que negamos conscientemente.

Durante el siglo XIX y gran parte del XX, la barbarie y el salvajismo fueron colocados, inclusive a nivel científico, en los ‘otros’ y no en la sociedad occidental. Los acontecimientos de

la Primera Guerra Mundial, y sobre todo de la segunda, en la cual no sólo se ejerció la solución final sobre judíos y gitanos —y se mató intencionalmente de la manera más cruel a decenas de miles de alemanes con bombas de fósforo que quemaban al enemigo—, sino que se lanzó innecesariamente la bomba atómica sobre dos ciudades japonesas —pese a que los japoneses habían ofrecido su rendición—, dieron lugar a las denuncias de la existencia de una barbarie occidental reputada ahora no sólo de social sino de científica.

Pero lo que los europeos hicieron entre sí, o los norteamericanos contra los japoneses, y por supuesto los japoneses contra los denominados aliados, es lo que los occidentales hicieron con los pueblos colonizados a partir del racismo y de otras concepciones etnocéntricas. Sin embargo, estas asociaciones casi obvias son ignoradas por los especialistas en holocaustos y otras catástrofes, excluyendo los espacios y tiempos sociales donde los occidentales ensayaron sus futuros exterminios. Es como si la modernidad y la tecnología, así como el burocratismo, explicaran los holocaustos en tierras occidentales, cuando los mismos están presentes en las formas coloniales y neocoloniales de dominación.

Tan racista ha sido la sociedad occidental, que en 1919 se negó a aceptar la proposición de la delegación japonesa a la Conferencia de París de incluir en los lineamientos de la futura Sociedad de las Naciones una declaración proclamando la igualdad de las razas. Recordemos que eran los años en que se hablaba del ‘peligro amarillo’, concepción que era compartida tanto por las naciones democráticas como más tarde por los totalitarismos, y no me refiero exclusivamente a la Alemania nazi.

Pero el racismo actual no constituye una ‘anomalía’, sino una consecuencia del propio desarrollo capitalista, sobre todo desde mediados del siglo XIX. Constituye una concepción y una práctica que opera situacionalmente, según sean las condiciones económico políticas e ideológicas dominantes, y que se caracteriza por los usos de violencias simbólicas y no simbólicas que, sin embargo, como lo hemos reiterado, han sido excluidas de nuestras historias oficiales pero también de nuestras ‘buenas conciencias’.²⁷

Lo realizado por el Tercer Reich alemán no es un hecho anormal ni más ‘salvaje’ que toda la tradición de violencia aplicada durante la expansión colonial, y por supuesto, de la represión de clase que caracteriza el desarrollo capitalista especialmente durante el siglo XIX.

Si el nazismo es visto como una anomalía ‘que enerva la conciencia occidental’ es por el uso de la racionalidad técnica, de la realización de masacres planificadas y de la utilización de la ciencia en este proceso de destrucción implacable. Son estos usos los que rechazó Occidente, dado que los occidentales consideran a la ciencia como parte de su identidad, y en cierta medida, de su ‘destino’.

Más aún, la ciencia no sólo es uno de los principales indicadores de su superioridad sino que cada vez más constituye uno de los principales medios del desarrollo capitalista en

²⁷ Desde hace años me ha llamado la atención las escasas investigaciones antropológicas que existen sobre los diferentes tipos de racismos en Latinoamérica; pero también me sigo sorprendiendo por la escasez de novelas y cuentos que, por lo menos en Argentina y México, tratan sobre el racismo en nuestra vida cotidiana.

términos económicos. Por eso el nazismo aparece simultáneamente como un paradigma de los límites del capitalismo en términos económico-políticos, y como una expresión de una barbarie técnico-científica a través de la cual no se reconocen los otros países occidentales, y menos aún sus científicos.

Es necesario asumir que el conjunto de los países europeos y Estados Unidos que enfrentaron al nazismo, lo hicieron a partir de ser naciones no sólo colonialistas sino, con mayor o menor intensidad, racistas. La Segunda Guerra Mundial no se centró en la lucha contra el racismo alemán, ni siquiera contra el antisemitismo, sino en razones económico políticas. Tampoco se hizo contra las aplicaciones eugenésicas respecto de los enfermos mentales o de los considerados ‘degenerados’, dado que varios de los países aliados practicaban, antes de la guerra, la eugenesia mucho más que los alemanes.

Por eso los aliados y sus intelectuales necesitaron construir un espectáculo mediático (prensa y radio), teatral, musical, cinematográfico y académico, para demostrarnos que su lucha era contra un régimen genocida y racista, lo cual no cabe duda que era verdad, pero ocultando que los que luchaban también eran racistas y practicaron el etnocidio.²⁸

Pero los occidentales operan en la actualidad como si estos referentes ya no existieran, y por eso siguen viendo la barbarie

²⁸ En un libro de D. Lessing en gran medida autobiográfico, un personaje que vive durante la segunda Guerra Mundial en Sudáfrica señala: “La guerra se nos presentó como una cruzada contra las malévolas doctrinas de Hitler, contra el racismo y, sin embargo, toda aquella enorme masa de tierra, casi la mitad del área total de África, estaba regida precisamente según la premisa de Hitler, de que algunos seres humanos son mejores que otros a causa de la raza” (2007: 99).

casi exclusivamente en las masacres realizadas por los hutus contra los tutsis o de los camboyanos contra los propios camboyanos, pero no registran lo que los civilizados hicieron y siguen haciendo contra los ‘salvajes’.

En la década de los sesenta el ejército peruano bombardeó territorio indio con el objetivo de que estos dejaran sus tierras. En 1969 antropólogos escandinavos denunciaron el asesinato y expulsión sistemática de indios de sus territorios para posibilitar la expansión económica de empresarios brasileños. Según Orlando Villas-Boas, quien vivió más de la mitad de su vida en comunidades de diferentes grupos étnicos brasileños, lo que los ganaderos de este país quieren es reemplazar cada indio por una vaca; doscientos indios que expulsen de sus tierras significa que habrá doscientas vacas más.

Reforzando estas afirmaciones, el investigador Jacinto Figueiredo sostiene que el grupo étnico ‘cintas largas’ fue expulsado de sus comunidades mediante el bombardeo de cargas de dinamitas arrojadas desde aviones, y que además fueron ametrallados al tratar de huir. Pese a estas críticas y denuncias generadas en los sesenta, el proceso de expansión brasileño sobre territorios indios continuó, y aún continúa. Los empresarios de este país y los empresarios paraguayos siguen forzando en 2014 a los indígenas a salir de sus tierras “a medida que los ganaderos quemán y talan los bosques” (Survival International, 2014).

Si bien, Brasil adoptó durante estos años una nueva constitución que reconoce los derechos indígenas a sus propias tierras ancestrales, la expulsión y masacres continúan, lo que lleva a una analista a concluir: “[...] al menos que haya un clamor público en defensa de los indígenas de Brasil, éstos continuarán

muriendo —separados de sus tierras, oficialmente callados, asesinados, devastados por la desnutrición y las enfermedades— y el genocidio será completo” (V. Bárbara, 2017). Pero los propios datos de Vanessa indican que en Brasil no hay ningún clamor público al respecto, y que el problema sólo interesa a los propios indígenas, a algunas ONG, a unos pocos religiosos, y a algunos intelectuales, incluida una docena de antropólogos.

El racismo como teoría se desarrolló durante la segunda mitad del siglo XIX, apoyándose en la antropología evolucionista y en las dos principales ciencias que caracterizaron a dicho siglo, la biología y la historia, las cuales subrayan un hecho crucial en la concepción del hombre, y es que tanto en términos históricos como biológicos el hombre se caracteriza por el cambio.

El hombre no es un ser fijo sino que evoluciona biológicamente y cambia históricamente, lo cual supone un cambio radical que cuestiona el creacionismo y las características de toda sociedad establecida. Si bien este descubrimiento sirvió para impugnar los fundamentos religiosos y políticos dominantes, también sirvió para justificar el racismo y el etnocentrismo en términos de la existencia de razas superiores e inferiores.

Esta concepción evolucionista fundada en la biología y la historia será impulsada especialmente por el darwinismo social y por el evolucionismo mecanicista, dando lugar a propuestas eugenésicas que no sólo permanecieron en los niveles teórico e ideológico, sino que fueron aplicadas en forma reiterada en sujetos y grupo sociales por los principales países occidentales, especialmente durante la primera mitad del siglo XX.

Respecto de lo que estoy formulando, se ha sostenido también —reiteradamente— que el uso racista de principios científicos

fue aplicado, no sólo por científicos sino por el poder, ya que los verdaderos científicos denunciaron la falacia racista.

Más allá de recordar que esta falsedad fue desarrollada por científicos reconocidos en su momento como tales, lo que me pregunto es: ¿Qué hicieron los verdaderos científicos frente al desarrollo y uso de estas falacias racistas por el poder? La respuesta, por sabida, no deja de ser dramática, ya que la mayoría de los científicos verdaderos siguieron trabajando en sus gabinetes o laboratorios sin denunciar siquiera tal falacia.

Si bien sabían que en nombre del racismo se inferiorizó, explotó y asesinó sistemáticamente, la mayoría de los científicos verdaderos no hicieron nada, amparados en parte por la neutralidad científica.

En los hechos hubo una subordinación de la ciencia al poder, pero no en cualquier momento, sino durante el lapso en que la ciencia pasaba a convertirse en la máxima expresión del pensamiento occidental, en la expresión máxima de la diferenciación entre civilización y barbarie, en la expresión más acabada de la objetividad. En ese lapso de esplendor científico, la teoría de la evolución fue utilizada para justificar el racismo y para legitimar la hegemonía racial y política de Occidente.

Tuvimos que esperar a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, a lo que supimos de Hiroshima, a lo que surgió de Vietnam, para volver a redescubrir los usos de la ciencia por el poder, y lo que la mayoría de los científicos hacen con su neutralidad valorativa. Una parte de estos científicos sostiene que ‘a la larga’ la verdad científica se impondrá; sin embargo, hace tiempo que la ciencia ha demostrado que no hay diferencias raciales en términos de inferioridad y superioridad, ya que

existe una unidad básica de tipo biológico en los seres humanos; no obstante, los racismos perduran, reaparecen e inclusive se crean nuevos racismos.

Considero que un saber científico, sobre todo en el caso del racismo, que sólo permanece en las revistas especializadas o en los congresos de especialistas, constituye un saber 'libresco', que necesita ser incluido en nuestras vidas cotidianas en forma activa, pues de otra manera no posibilitará realmente ninguna modificación sustantiva y, como dicen ahora, sustentable, en nuestra vida cotidiana.

Las adecuaciones políticas de la ciencia

El capitalismo montó gran parte de su desarrollo en la explotación directa e indirecta de la mano de obra, así como en un uso creciente de la técnica, cada vez más derivada de la investigación científica. Pero como se señaló, la técnica y la ciencia fueron usadas como impulsoras de procesos productivos cada vez más sofisticados, y también como medios de control social e ideológico de los sujetos y grupos humanos.

Desde esta perspectiva, el racismo y las teorías eugenésicas, más allá de sus falencias científicas, han sido utilizados para justificar 'teóricamente' la 'superioridad blanca' y su expansión política y económica, así como para explotar económicamente y controlar social e ideológicamente a determinadas poblaciones. No se tuvo que llegar al exterminio planificado por los nazis para proponer una 'solución final', ya que en el Congreso Eugenésico Mundial realizado en Estados Unidos en 1921, se

sostuvo que había que aniquilar en forma gradual a las poblaciones nativas de las colonias, a través de medios biológicos.

Como sabemos, el racismo constituye una ideología que se articula con otras ideologías cuando conviene a quienes la instrumentan en términos políticos, económicos o culturales, pero también, puede articularse con la ciencia cuando los objetivos lo requieren. Ambos procesos pueden ilustrarse a través de Alemania, país que convirtió en 1936 el racismo en política de Estado, y que simultáneamente lo utilizó como parte de la concepción del mundo ario, y como parte intrínseca del quehacer científico occidental. Los ideólogos del partido nacionalsocialista, pero también los biólogos, antropólogos físicos, historiadores y antropólogos habían fundamentado la concepción de una raza pura que debía mantenerse como tal, no admitiendo ningún tipo de mestizaje, y menos aún el desarrollo de relaciones igualitarias con miembros de razas consideradas inferiores, como por ejemplo la japonesa.²⁹

Pero por razones básicamente políticas, Alemania necesitaba establecer una alianza militar con Japón —el llamado Pacto de Hierro— y, por tanto, los antropólogos y el poder solucionaron el problema:

Los racistas buscaron una solución y la encontraron. Existe en ciertas islas del Japón una población blanca autóctona: los

²⁹La mayoría de los científicos alemanes nazis y no nazis actuaron durante el Tercer Reich como casi todos los científicos y profesionales actúan bajo cualquier sistema; es decir, como profesionales al servicio del gobierno o de la empresa privada sin cuestionar, por lo menos públicamente, las acciones genocidas de su país. Y me refiero tanto a científicos ‘duros’ como a científicos sociales. Ver A. Beyerschen (1977, 1992).

Ainos, que habían sido expulsados a regiones poco accesibles por los conquistadores amarillos. Desde esa época, dicen los racistas, ha habido numerosos cruzamientos entre los Ainos y los japoneses, y como consecuencia de tales cruzamientos se ha constituido el actual pueblo japonés, el cual, a consecuencia de la separación posible de los caracteres físicos y de los psíquicos, tiene evidentemente el aspecto físico de un pueblo amarillo, pero posee todas las cualidades morales e intelectuales de un pueblo ario y hasta nórdico (Prenant, 1939).

Alemania se había caracterizado por su notable desarrollo científico, especialmente en el campo de las ciencias ‘duras’ y, por consecuencia, sus científicos aplicaron la metodología científica al estudio de la física, química, astronomía, y especialmente de la biología y de las ciencias médicas.

Si bien, en biología y medicina habían trabajado experimentalmente con animales y con seres humanos, la política de Estado racista apoyada, o por lo menos admitida, por la inmensa mayoría de los científicos ‘duros’ alemanes les permitió experimentar con seres humanos hasta límites desconocidos en aquel entonces. Los hombres reemplazaron a los cobayos, siendo sometidos ‘in vivo’ a todo tipo de experimentos, una parte de los cuales concluía inevitablemente con la muerte del ‘sujeto experimental’.

Las investigaciones sobre funciones hepáticas lideradas por Eppinger constituyen una suerte de paradigma de este proceso, dado que los alemanes construyeron en la isla de Creta un laboratorio especial para el estudio de dichas funciones. En dicho laboratorio se realizaron experimentos sobre centenares de personas de origen judío, las cuales murieron como producto de dichas investigaciones científicas. Estas investigaciones posibilitaron un gran avance en el conocimiento y solución

de problemas hepáticos, y el nombre de Eppinger sigue siendo, por lo menos, leído por los estudiantes de medicina, ya que su nombre designa algunos procesos anatómicos y fisiológicos; aunque ya nadie se acuerda —ni profesores ni alumnos— del racismo científico que posibilitó los descubrimientos de Eppinger mediante el asesinato de seres humanos.

Me interesa destacar que estas investigaciones se hicieron a través de las más estrictas condiciones científicas, pero a partir de considerar subhumanos a los sujetos experimentales. Es decir, en las relaciones ciencia-ideología, por lo menos en este caso, no se impuso la racionalidad científica, sino la racionalidad ideológica; o mejor dicho, ambas se pusieron de acuerdo.

Fue en los campos de concentración construidos por el Tercer Reich donde esta articulación ciencia-ideología alcanzó su máxima expresión, no sólo en la complementación entre ciencia e ideología o en la producción de millones de muertos, sino porque los campos de concentración expresan siniestramente la eficacia capitalista de explotación humana hasta sus últimas consecuencias; recordando que la última consecuencia fue la casi inevitable muerte del prisionero.

[El campo de concentración] recupera la fuerza de trabajo de los cautivos para grandes obras no rentables, en el extremo permite eliminar ciertos trabajos proletarios que reemplaza con mano de obra prisionera, mal alimentada y no retribuida; beneficia a los sostenedores del régimen, a quienes la explotación de los cautivos reporta posiciones y provechos grandes y pequeños; en fin tiene la ventaja de utilizar racionalmente a los sádicos y de suministrarles un exutorio no solamente oficial sino cívico y moral, confinando su discreción a individuos puestos fuera de la humanidad (Folliet, 1954).

Alemania llenó sus “campos de trabajo” con hombres de toda Europa, una parte de los cuales trabajaron para las más grandes empresas alemanas como IG Farben, Siemens o Krupp. Desencadenada la Segunda Guerra Mundial, estas empresas necesitaron cada vez más mano de obra, y por eso construyeron fábricas en las cercanías de los campos de concentración de Ravensbrück, Neuengamme y Auschwitz, de tal manera que la gran industria alemana reorientó económicamente los objetivos originales de dichos campos, sin abandonar los objetivos de exterminio (Billig, 1967).

Desde el momento de su ingreso a dichos ‘campos’ de trabajo, los hombres tenían una esperanza de vida de entre tres y nueve meses; de 400 mil hombres y mujeres que trabajaron para estas grandes empresas, sólo sobrevivieron 70 mil.

Según P. Kai, el campo de concentración de Auschwitz es tal vez el tipo ideal de explotación capitalista en términos de eficacia y racionalidad administrativa: “Oficinas de organización y de investigación se abocaban a la labor de descubrir los mejores medios de matar a la mayor cantidad posible de personas. Los técnicos de la SS y los técnicos de la industria trabajaron estrechamente unidos para resolver esta tarea nacional” (Kai, 1965).

Y así, por ejemplo, cuatro cámaras de gases para el exterminio de los concentrados fueron instaladas en Auschwitz por la firma Topf e hijos, la cual se adjudicó el contrato en una licitación donde participaron otras importantes empresas. A las cuatro cámaras de gas se agregaron cuatro crematorios con un total de 46 hornos. El gas *Cyclon B* fue entregado por el gran complejo químico farmacéutico IG Farben. El rendimiento diario era de 12 mil muertos, pero en junio de 1944 la cifra

alcanzó a 22 mil personas. Es decir, los empleadores incrementaron los tiempos y los ritmos de producción para generar más muertos, y ello realizado por empresas que ganaron sus licitaciones en un concurso abierto y público.

La SS se apropió de 42 millones de joyas, 6 millones de divisas, 160 mil relojes, 7 mil despertadores y 29 mil pares de lentes, que fueron ‘expropiados’ y contabilizados. Los nazis hicieron un cálculo de rentabilidad del sistema concentracionario, que estimó lo siguiente:

a) salario medio diario del trabajador: 6 marcos; b) deducción por alimentación: 0.60 marcos diarios; c) duración media de vida del trabajador: 9 meses, que suponen 270 días de trabajo, que multiplicado por 5.30 marcos dan un rendimiento de 1431 marcos por cada ‘trabajador’. Además incluyeron: d) deducción por uso de vestimenta: 0.10 marcos; e) aprovechamiento de los restos del cadáver (dientes de oro, valores preciosos, monedas); f) deducción de gastos de incineración: 2 marcos. Provecho medio neto: 200 marcos; provecho total después de nueve meses: 1631 marcos. A lo que debe agregarse la utilización de huesos y cenizas (Kai, 1965).

Para Kai, y varios autores, resulta impresionante tanta planificación al servicio de la irracionalidad:

Más que el horror puro, lo que más impresionaba es la organización burocrática del horror. Esta organización burocrática de la muerte puede ser contemplada como el supremo triunfo del sistema capitalista, cuya esencia consiste en la transformación del hombre en cosa, en pura materia para hacer funcionar el sistema. En Auschwitz, el capitalismo evolucionado de Alemania reprodujo las fases históricas an-

teriores, sobrepasando eso sí, los horrores conocidos. Sin ningún disfraz se presenta como una máquina de muerte que transforma a un hombre en objeto, haciéndolo trabajar, matándolo y robándole. Esa esencia pura del capitalismo que representa Auschwitz, se repite también en el plano de las ideas. Su racionalidad e irracionalidad, su técnica inteligente y la locura de sus objetivos se entremezclan íntimamente, imprimiendo al horror bárbaro de este conjunto una violencia que nadie pudo prever. El sistema que permitió la más grande producción de cadáveres de la historia estaba planeado para llevar su engranaje hasta sus últimas consecuencias, y por eso Alemania producía incontables planificadores, ingenieros, técnicos. ¡Tanta planificación al servicio de la más completa irracionalidad! (Kai, 1965).

Como sabemos, el trabajo en los campos de concentración no implicó siempre trabajo productivo en términos económicos, sino que los procesos de trabajo fueron utilizados para no producir nada más que la muerte física y social de los concentrados. El trabajo operó en estos casos como un mecanismo de control, de inferiorización de los sujetos tratando de convertirlos en subhumanos, así como un medio de exterminio, ya que millares de prisioneros murieron desarrollando trabajos que no tenían otro objetivo que matarlos, que destruirlos como sujetos dada la absurdidad de las tareas que realizaban sin ningún otro fin que su propia muerte.

Esta irracionalidad operó según las necesidades de una economía de guerra que requiere un uso intensivo de mano de obra de los campos de concentración, lo cual, por ejemplo, se evidenció durante la primavera de 1944, ya que fueron deportados 400 mil judíos húngaros a Auschwitz para la producción de material de guerra, especialmente para la fabricación de

piezas para aviones, armas antitanques y municiones. Fue sobre todo a partir de 1941 que los prisioneros de dichos campos fueron utilizados por las grandes empresas alemanas, lo cual fue reconocido por el propio Ministro de Armamentos durante el juicio de Núremberg, cuando Speer señaló que Alemania necesitaba utilizar el mayor número de trabajadores posibles en su esfuerzo por ganar la guerra, y por eso las grandes fábricas y el Gobierno alemán utilizaron prisioneros de los campos de exterminio. Usándolos frecuentemente para tareas que, por su dificultad, otros no podían realizar, ya que frecuentemente suponía la muerte de los trabajadores (Billig, 1973: 303).

El nazismo convirtió en subhombres a judíos, gitanos y eslavos, tal como el colonialismo —sobre todo en la etapa imperialista— hizo con los pueblos que colonizó. La principal diferencia consiste en la aplicación de una racionalidad técnica y científica, pero justificada por una ideología racista similar a la que operó respecto de los pueblos colonizados.

Ya no hay razas, pero sí racismos

Lo desarrollado hasta ahora implica retomar lo planteado inicialmente, es decir, tratar de precisar en qué consiste el concepto de ‘raza’, así como la existencia o no de diferentes razas caracterizadas por su igualdad o por sus diferencias. Si bien hay diferencias entre los seres humanos en términos de color de la piel, tipo de cabello o estatura, no obstante estas características no implican diferencias en términos psicológicos, sociales y culturales, y menos en términos de inferioridad y

superioridad, que constituyen dos de los principales supuestos del racismo.

Desde mediados del siglo XIX contamos con numerosas clasificaciones raciales, que proponen desde dos a doscientas razas. Desde fines de la década de los cuarenta las clasificaciones raciales se hicieron exclusivamente a partir de características físicas y biológicas, la mayoría sin ningún tipo de implicaciones racistas, y admitiendo además la relatividad de dichas clasificaciones. Como señalaba Firth en un manual de antropología sumamente utilizado:

[...] los europeos tienen en conjunto piel más clara, labios más finos y nariz más angosta que la gente de raza negra. Pero entre la gente de tez predominantemente oscura hay quienes la tienen más clara que los europeos de piel más oscura, aunque no tan clara como los europeos más blancos. También entre los individuos de cutis oscuro los hay de labios más finos y nariz más angosta que los de cutis claro. Al comparar la talla se comprueba, por ejemplo, que entre los hotentotes, gente por lo general de baja estatura, hay hombres que son más altos que los europeos más bajos. En consecuencia sólo deben utilizarse promedios y no diferencias absolutas; en cada uno de los caracteres elegidos para efectuar la medición aunque los promedios difieran, los extremos se tocan. Un tipo racial o étnico es entonces, una combinación de promedios, una abstracción, y muy pocos individuos de una población se ajustan exactamente al prototipo de la misma (Firth, 1957).

Por tanto, raza es un concepto exclusivamente biológico, que debe ser definitivamente despejado de toda especulación referida a sus vinculaciones con aspectos políticos, económicos, psicológicos o culturales, dado que éstos son exclusivo

producto de su desarrollo histórico en tanto sujetos sociales. Dado que lo que estamos concluyendo se ha escrito, fundamentado y propuesto reiteradamente desde finales del siglo XIX —por lo menos—, considero que —desgraciadamente— va a tener que ser reiterado constantemente dadas las permanentes reapariciones del racismo en términos de representaciones sociales manejadas por grupos racistas y, sobre todo, de las prácticas sociales cotidianas de racistas, pero también de no racistas.

Por ende, la cuestión no radica exclusivamente en investigar y denunciar los racismos de todo tipo, sino en tratar que las concepciones, actitudes y prácticas racistas sean excluidas de nuestra vida cotidiana, la cual asegura la continuidad-discontinuidad de los racismos. Y no sólo porque en nuestras sociedades se mantiene un sustrato inconsciente racista no reconocido como tal, sino porque en la misma persisten o se desarrollan procesos económico/políticos e ideológicos que pueden desencadenar racismos de diferente tipo.

Considero que los racismos son aprendidos en la vida cotidiana a través de estereotipos que se reformulan a partir de ciertas características negativas colocadas en el 'otro'. A fines del siglo XIX un etnólogo francés llamado Letourneau comparó a los nativos fueguinos con los animales:

En la Tierra del Fuego existen mongoloides poco desarrollados que merecen la calificación de antropoides. Por su grosería misma, esos salvajes nos interesan e importa describirlos. Ya hemos visto que la impulsividad de estos indios es comparable a la de los animales; hemos visto que, en los animales el hecho primordial de la fisiología de los centros nerviosos es la acción refleja, consciente e inconsciente, es decir la reacción por la cual los organismos inferiores responden a

una excitación venida de afuera. Y la acción refleja no es menos maquinal en los fueguinos que en las especies más inferiores de la escala animal. En general esta acción refleja tiene importancia en el hombre, aún fuera de la vida nutritiva y en los individuos más desarrollados, pero se contiene y se dirige tanto mejor cuanto más moralizado e inteligente es el ser. Por el contrario, en el primitivo, más generalmente en el hombre inculto, la distensión refleja se efectúa más o menos como la de un resorte mecánico que escapa a todo examen. A esta imposibilidad de dominarse a sí mismo, han de atribuirse muchos actos, a la vez absurdos y atroces de los salvajes que asombran al viajero. Así se ha podido observar en los fueguinos manifestaciones de impulsividad animal o infantil (Letourneau, 1905).

Estas características, y por supuesto otras, que el etnólogo francés encuentra en los indios fueguinos corresponde a la manera dominante de pensar racistamente, colocando en la impulsividad, en los actos atroces, en la imposibilidad de contenerse, características que por una parte remiten a conductas animales e infantiles, y por otra refieren tácitamente o no a las 'clases peligrosas' urbanas europeas descritas por dichas características. Colocar la conducta de los fueguinos a la par de los animales es ubicarlos en la escala evolutiva más inferior, ya que serían subhumanos; y reputarlos como infantiles es localizarlos en una escala etaria donde los adultos son los occidentales, mientras los indios son los niños.

Uno de los principales mecanismos racistas utilizados por el colonialismo es justamente infantilizar a los grupos colonizados e ir construyendo en ellos una infantilidad que muchos de estos grupos adoptó para sobrevivir; al mismo tiempo que reprimieron su propia identidad étnica.

La impulsividad, la hiperactividad, la falta de previsión de los ‘salvajes’ no son atributos propuestos por científicos de épocas más o menos lejanas, sino que volvemos a encontrarlos actualmente, y no sólo en los estereotipos populares sino en las investigaciones sobre la pobreza y sobre problemas de salud mental.

A nivel popular ciertas características como pereza, desgaño vital, desorganización son referidas en diferentes contextos americanos a ciertos grupos nacionales o inclusive a toda una nacionalidad, como ocurre con las imágenes que muestran a un sujeto originario de Santiago del Estero (Argentina) o a un campesino mexicano en poses similares, que sobre todo quieren subrayar su falta de interés en trabajar, y cuyo principal rasgo identitario es dormir la siesta. Estas imágenes generalmente las consideramos como meros chistes gráficos, sin reflexionar sobre lo que realmente expresan, sin asumir que cuando los latinoamericanos pensamos en ciertas palabras o vemos determinadas imágenes desvalorizadas, éstas no refieren nunca a ciudadanos blancos, y menos si pertenecen a los estratos sociales medio y alto.

Consciente o inconscientemente, el racismo nos ha convencido de que no sólo somos subdesarrollados económicamente sino, también, de que somos subdesarrollados como sujetos en comparación con los europeos y los estadounidenses.

Hacia 1950 se instaló en Argentina una fábrica de automotores de origen alemán, y en esos días era común escuchar comentarios de que los empresarios y técnicos alemanes consideraban a los operarios nativos casi tan eficientes como los trabajadores alemanes pese a ser ‘latinos’; emergiendo una especie de raro orgullo nacional a través del cual una parte de

los argentinos se descubrían como no inferiores respecto, por lo menos, de los obreros alemanes.

Los procesos racistas, aunque no la ‘cuestión racial’, han persistido a través del tiempo, y si bien el interés científico por las razas es paralelo al interés por la evolución, sin embargo, los intereses antropológicos se colocaron en las razas, lo que facilitó y posibilitó sus usos políticos e ideológicos:

Las razas humanas son el resultado de la evolución de nuestra especie, y esta constituye un sistema cerrado. Si examinamos la evolución humana a largo plazo, nuestro primer problema debe ser el estudio de la especie y de las causas de la evolución del género humano, en vez de las razas que son resultados de fuerzas locales y menores en términos de evolución de la especie en su conjunto. Los antropólogos se dedicaron a estudiar las razas e hicieron caso omiso de la evolución de la especie, ya que estaban preocupados con las subdivisiones dentro de nuestra especie y con las minuciosas diferencias entre pequeños sectores de la especie y que olvidaron en gran parte que la humanidad es una especie y que lo importante es la evolución de todo este grupo y no las diferencias mínimas que existen entre sus partes (Washburn, 1968).

El trabajo antropológico con las razas condujo a una hipertrofia de las clasificaciones raciales que, en gran medida, tenían que ver con objetivos ideológicos. En ese sentido tuvieron un fuerte uso ideológico las teorías evolucionistas, como lo plantea tempranamente Karl Marx, quien en una carta a Engels fechada el 18 de junio de 1862 comenta que Darwin hallaba en los animales y en las plantas las características de la sociedad capitalista inglesa, es decir la división del trabajo, la competencia, la apertura de nuevos mercados, las invenciones y la

lucha por la vida. Y esto, más allá de la validez de la teoría de la evolución que, como preveía Marx, también fue utilizada para justificar la opresión colonial y la opresión de clases mediante el darwinismo social y otras corrientes que, en su momento, fueron reputadas de científicas.

El objetivo racista reemplazó al evolutivo, cuando el primero evidenció una posibilidad mayor de uso ideológico. Fueron las diferencias en términos de ‘nación’ como de ‘raza’ las que fundamentaron los procesos de expansión europea, y de competencia entre los países europeos.

Luego que la raza blanca fue definida en su conjunto como superior a cualquier otra raza, hubo que definir quiénes entre los blancos eran los más superiores, emergiendo concepciones que consideraron a la ‘raza latina’ como inferior a las razas anglosajona y germana, y caracterizándola afectada por procesos de envejecimiento y degeneración. Más aún, se propuso científicamente que los latinos se habían mezclado con amarillos, negros e indios debilitando y degenerando aún más la ‘raza latina’.

Tal vez lo señalado aparezca esquemático o inclusive sesgado, pero estos procesos se dieron a nivel de los estereotipos populares, de las disputas dizque científicas y, lo que es más grave, en el desarrollo de las competencias y enfrentamientos anti-imperialistas, así como en la constitución y organización de los nuevos estados ‘independientes’ de América Latina. Gran parte de los gobernantes latinoamericanos y de sus intelectuales orgánicos, a fines del siglo XIX —desde México hasta Argentina— impulsaron una política migratoria basada en población europea, que pretendía mejorar la raza nativa, a la cual consideraban una raza inferior.

No cabe duda que el desarrollo científico —impulsado en gran parte por las formaciones capitalistas más desarrolladas— generó importantes avances científicos y técnicos, pero también contribuyó a cuestionar concepciones e instituciones reaccionarias. Más allá de los objetivos de mejorar las capacidades y la productividad de los trabajadores, tampoco cabe duda la importancia progresista que tuvo el impulso dado por los países capitalistas a la educación universal, incluyendo trabajadores urbanos y en menor medida rurales.

No obstante la ciencia como institución, y sobre todos sus productos, trataron de ser apropiados por los empresarios y políticos en función de sus propios objetivos. Las disputas sobre el racismo evidencia este proceso, dado que si bien las afirmaciones racistas fueron cuestionadas por la ciencia, esto se dio dentro de un juego donde una parte de los científicos generó —en forma continua— interpretaciones racistas que tuvieron que ser —persistentemente— desmontadas por los científicos que las cuestionaron. Y recordemos que la ‘última palabra’ no la tuvieron, ni la tienen los científicos autónomos y críticos.

No sólo la antropología y la biología como ciencias legitimaron el racismo a nivel académico, sino que también lo legitimaron y aplicaron una parte de los médicos, a través de las concepciones hereditarias que utilizaron profesionales europeos y americanos respecto de la locura y, especialmente, de la epilepsia, de la ‘imbecilidad’ y del alcoholismo.

El racismo constituyó parte del aprendizaje formal médico durante décadas y, así, por ejemplo, los libros sobre anatomía, fisiología o psiquiatría en que aprendieron su profesión los médicos latinoamericanos a fines del siglo XIX —y durante

gran parte del siglo xx— estaban saturados de concepciones racistas.³⁰ Es decir, que el racismo observado en la relación médico-paciente, y que ha sido denunciado persistentemente entre nosotros, estaba fundado en la vida cotidiana en la cual se forman como sujetos, y en los textos universitarios a través de los cuales se forman como médicos.

Esto no cuestiona todo quehacer científico, ni la objetividad del mismo, sino que propone la necesidad de una constante reflexión epistemológica e ideológica sobre nuestros quehaceres científicos y profesionales. Lo que señalamos no puede ser cuestionado sólo por considerar que los aspectos racistas que operaron dentro del saber biomédico en el pasado son producto del desarrollo normal de la ciencia, según lo cual los nuevos conocimientos eliminan y reemplazan los ‘viejos’ conocimientos erróneos.

Aunque lo señalado tiene algo de verdad, una de las preguntas a responder es ¿por qué los ‘errores’ racistas siempre se establecieron respecto de las razas no blancas, y prácticamente nunca respecto de los blancos? Más aún, ¿por qué constantemente, por lo menos una parte, de los estudiosos occidentales evidenciaron la inferioridad de los otros, pese a las abrumadoras evidencias de la igualdad de las razas? Y esto es lo que voy a tratar de revisar ahora.

Especialmente desde el último cuarto del siglo xix se trató de demostrar científicamente la inferioridad del hombre negro y en

³⁰ Los textos de anatomía normal y patológica de Testut y Latarjet, que los estudiantes de medicina leían durante el primer año de su carrera estaban saturados de párrafos, e inclusive dibujos, en los cuales se afirmaba no sólo las diferencias raciales sino los criterios de superioridad e inferioridad racial.

menor medida de otras razas no blancas mediante numerosos trabajos científicos. Gran parte de las afirmaciones se basaron en medidas craneales, en el volumen y peso de la masa cerebral, y en correlaciones entre rasgos psicológicos y físicos. Empero, estudios ulteriores demostraron que los datos manejados por los investigadores eran incorrectos y que, en gran medida, constituían confirmaciones de los prejuicios raciales que tenían los estudiosos, preocupados por demostrar la inferioridad de los negros.

Una expresión de lo señalado constituye la investigación realizada por el antropólogo norteamericano A. Bean, de la Johns Hopkins University, quien a través de un conjunto de estudios llegó a la conclusión de que la zona frontal del cerebro aparecía menos desarrollada en los negros que en los blancos, que la zona posterior estaba más desarrollada en los primeros, y que los negros tenían una menor profundización de las circunvoluciones de la corteza cerebral, lo cual confirmaba que los negros son inferiores intelectualmente.

Ahora bien, ante estas afirmaciones el jefe del Departamento de Anatomía de la Universidad Johns Hopkins decidió repetir el estudio sobre la misma colección de cerebros utilizada por Bean, pero analizando los cerebros sin saber previamente si eran de blancos o negros, y encontró que no había diferencias entre los cerebros de unos y otros, ni en las circunvoluciones cerebrales ni en el tamaño de los lóbulos frontales y posteriores (Klineberg, 1963).

Las conclusiones racistas de los investigadores profesionales han sido frecuentes y referidas a muy diversos aspectos; y así se ha propuesto que la nariz estrecha de los nórdicos constituye una adaptación a climas muy fríos, lo cual no consigue explicar

la nariz ancha de grupos mongoloides que viven en climas aún más fríos. Se ha afirmado que el color de la piel constituye también una adaptación a condiciones climáticas, pero según estudios, la melanina no es la que opera rechazando los rayos ultravioletas, sino un grueso *stratum corneum* (Washburn, 1968).

Según A. Montagu (1967), con los mismos datos se pueden establecer diferentes conclusiones conforme a la orientación ideológica del investigador, de tal manera que por más que los trabajos etnográficos evidencian que nuestros contemporáneos primitivos (Murdock, 1945) no son ni violentos ni sanguinarios, dichas ideas reaparecen recurrentemente.

La 'novela antropológica' que caracterizaba a los 'primitivos' como sanguinarios y lúbricos, y que ya fue cuestionada a fines del siglo XIX, reaparece en los treinta, volviendo a aparecer en los cincuenta y sesenta para retornar en los ochenta, pese a la crítica de algunos de los más importantes especialistas como Dobzhansky, Montagu, Simpson, Rose o Lewontin.

La investigación etnográfica de los pocos pueblos 'salvajes' que aún quedan, así como de los ya desaparecidos, indican según Montagu (1967) que éstos vivían en cooperación y no en guerra permanente. Sin embargo algunos de los más importantes antropólogos siguen insistiendo sobre la bestialidad e inferioridad de los primitivos. Y así Leakey sostiene que las razas superiores eliminan siempre a las inferiores, lo cual también asevera Dart a través de propuestas sumamente imaginativas.

Según Dart, los *australopithecus* comían mandriles pero también a otros *australopithecus*, considerando que se caracterizaban por un modo de vida sanguinario, pues eran asesinos

y caníbales. Este reconocido antropólogo físico propone una historia de la humanidad caracterizada por la acción sanguinaria y caníbal del hombre:

“La aborrecible crueldad de la humanidad es un subproducto inevitable del gusto del hombre por la sangre; esta característica humana sólo puede explicarse por el origen carnívoro y antropofágico del hombre” (Dart y Craig, 1962).

No cabe duda que los hombres han desarrollado conductas sumamente agresivas y sanguinarias contra otros hombres a través de toda su trayectoria histórica, pero las mismas no sólo fueron realizadas por los ‘primitivos’, sino en gran medida por los civilizados.

En América Latina, en el Putumayo una región ubicada entre Perú y Colombia, empresarios y personal británicos dedicados a la extracción del caucho explotaron a principios del siglo xx a uno de los grupos tecnológicamente menos desarrollados, asesinando en menos de 10 años a 30 mil wítotos entre 1900 y 1912. Según el ingeniero norteamericano E. Hardenburg, este grupo era obligado a trabajar sin ningún salario, no se les daba alimento y sus mujeres eran violadas y asesinadas:

Los indios eran azotados hasta poner al descubierto los huesos cuando no aportaban la cuota de caucho que se les había fijado o intentaban escaparse, y se les dejaba morir con las heridas infectadas de gusanos, y sus cuerpos eran utilizados para alimentar a los perros [...]; los indios eran mutilados en cepos, se les crucificaba con la cabeza hacia abajo, se les descuartizaba, servían de blanco para divertirse en práctica de tiro, se les empapaba en petróleo y se les quemaba vivos (Murdock, 1945: 372-373).

“Así se llevó la civilización a la selva”, concluye Murdock acerca de esta denuncia, que fue confirmada por funcionarios enviados por Gran Bretaña.

Los antropólogos, aunque no lo narren con frecuencia, saben de estos hechos, como lo saben Dart y también Leakey dada su experiencia de vida sudafricana; pero ocurre que en lugar de tratar de interpretar por qué un sistema colonial genera tamaña explotación y violencia, e inclusive analizar por qué se ha desarrollado un régimen tan violentamente opresivo como el *Apartheid* sudafricano conocido por ambos, ellos tratan de hallar explicaciones en un mundo primitivo que evidenciaría la ‘maldad innata’ del hombre, máxime que ellos saben como antropólogos que en los ‘contemporáneos primitivos’ dichos tipos de conducta sanguinarias son excepcionales.

Pero el problema que me preocupa en este trabajo no es tanto evidenciar las orientaciones teórico-ideológicas de estos autores, que los lleva a negar lo que observan en su propia cotidianeidad sudafricana, sino la persistente recurrencia de teorías racistas, pese al cuestionamiento y supuesto descrédito científico de las mismas.

¿Para qué sirve la ciencia?

Uno de los instrumentos técnicos que científicos y profesionales han utilizado más para establecer falsas explicaciones sobre la inferioridad —de los negros y de otros grupos ‘raciales’ no blancos— son las pruebas de inteligencia, que han contribuido a justificar las diferencias y a clasificar a los sujetos entre los

que pueden y no pueden desarrollar determinadas habilidades intelectuales. Las pruebas de inteligencia posibilitarían medir capacidades e ‘inteligencias’ diferenciales.

Los estudiosos que aplicaron estos exámenes partieron inicialmente del supuesto de que ‘las facultades intelectuales’ eran innatas. Dichas pruebas condujeron a verificar y confirmar que las personas que generalmente están en condiciones de pobreza, y que además desempeñan las tareas menos calificadas, se caracterizan por tener menores coeficientes intelectuales, los cuales, por otra parte, están determinados biológicamente.

Frente a estas propuestas, muchas investigaciones han tratado de demostrar que esas diferencias no corresponden a factores biológicos hereditarios, sino que son producto del medio social, cultural y económico. La importancia y necesidad de estos estudios reside en que sistemas educativos — como el británico — aplican sistemáticamente estas pruebas para establecer las posibilidades y futuro educativo de los alumnos.

Tanto psicólogos como antropólogos aplicaron las pruebas de inteligencia a partir de un determinado modelo de individuo que refiere a la sociedad occidental, no tomando en cuenta las características de cómo se constituyen y actúan los sujetos en otras sociedades. Por lo cual, las pruebas de inteligencia ‘comprueban’ la existencia de bajos coeficientes de inteligencia en los sujetos no occidentales a quienes les aplican dichas evaluaciones.

En su estudio sobre “La psicología de un pueblo primitivo”, S. Portues describe y analiza las razones sociales y culturales de por qué estas pruebas no sirven para medir inteligencia en los aborígenes australianos estudiados.

Las pruebas aplicadas consistían en problemas frente a los que cada sujeto debía resolver sin ayuda de sus compañeros, lo que constituía una situación totalmente nueva para los indígenas australianos, ya que ellos están acostumbrados a resolver en grupo los problemas.

Más aún, cada problema que aparece en la vida del grupo es discutido y regulado por el Consejo de Ancianos y la discusión sólo concluye cuando hay unanimidad respecto del problema. Por eso los sujetos se sentían frecuentemente confundidos por el hecho de que quien les aplicaba la prueba no quería darles ninguna ayuda para resolver el problema. Esta situación adquirió un aspecto particular en el caso de un grupo de indígenas que habían hecho 'hermano de sangre' a un psicólogo, quien durante la aplicación de la prueba de inteligencia no les dio ninguna ayuda, lo que era incomprensible para ellos. (Klineberg, 1960).

Este caso pone en evidencia algunas características que —*a priori*— demuestran el tipo de mentalidad con la cual se construyeron y aplicaron las pruebas de inteligencia, y la incorrección —por otra parte predecible— de sus resultados.

Estas pruebas se han formulado y aplicado a partir de una concepción del sujeto en términos exclusivamente individuales, de tal manera que las relaciones sociales no son consideradas como decisivas, sino simplemente como una especie de apéndice de lo que hace un individuo.

Se asume como un hecho universal que los sujetos y sus relaciones son competitivas y no colaborativas, considerando las capacidades personales no como emergentes de las relaciones sociales, sino como afirmación de las diferencias individuales.

A partir de este marco de referencia se aplican exámenes de inteligencia a grupos humanos que piensan y actúan en forma radicalmente distinta, y cuyo núcleo de acción son las relaciones sociales y no los individuos, lo que conduce inevitablemente a los psicólogos a verificar el fracaso y la inferioridad de los nativos. Es decir, lo que obtienen estas pruebas son ‘profecías autocumplidas’ respecto de la inferioridad mental de los ‘otros’.

Estas pruebas han sido aplicadas sin asumir la existencia de las particularidades culturales, a través de las cuales se han formado las personas a las que se les aplican dichas pruebas. Muchos de estos test consideran la rapidez para resolver una prueba como un indicador de inteligencia, sin asumir que la lentitud o rapidez son actitudes y valores que aprendemos socialmente. Se aplican pruebas que implican el manejo de lápices a niños que jamás usaron lápices.

Un estudio realizado a niños jamaicanos encontró que las pruebas aplicadas a ellos daban muy pobres resultados en lo que se refiere a ciertos usos del inglés, en la utilización de la cuchara para comer, y en todos los actos que implicaban el uso de juguetes y la comprensión de números; deficiencias que, obviamente, corresponden a los aprendizajes sociales desarrollados en su medio social, y no a deficiencias de inteligencia.

Estas pruebas a su vez, evidenciaban que estos niños eran muy hábiles en trepar y correr, así como en actividades que suponían cierto grado de independencia (Klineberg, 1953) que, justamente, corresponden con su proceso de socialización diferencial. El estudio jamaicano concluye atinadamente que, tanto las deficiencias como las acciones donde estos niños

demuestran capacidades, no se deben a procesos innatos sino al condicionamiento social y cultural.

Desgraciadamente no es este tipo de investigación el que ha dominado los estudios médicos y psicológicos sobre grupos diferenciados, tanto en términos culturales como económicos. Determinados psiquiatras que han trabajado con población pobre —inclusive en América Latina— durante los sesenta y los setenta, consideran que en ellos domina lo corporal sobre lo intelectual y, por tanto, han desarrollado estrategias terapéuticas referidas exclusivamente al cuerpo para tratar los problemas de salud mental de los pobres.

Estos terapeutas consideran que los pobres han desarrollado muy poco el ‘área verbal’, por ello no tiene sentido aplicarles terapias basadas en la palabra; lo cual sostienen sin tratar de conocer y manejar el lenguaje propio que hablan los pobres. A partir de las limitaciones verbales y cognitivas que encuentran en los pobres, estos profesionales están convalidando ‘científicamente’ el sistema social dominante. Y así, por ejemplo, “la educación de la niñez en Gran Bretaña siempre ha estado diseñada para encajarla en su destino de clase con el mínimo absoluto de movilidad disponible, para mantener baja la tensión y poder cubrir las necesidades tecnocráticas” (Rose, 1979: 205).

Al trabajar con niños, los estereotipos racistas e innatistas se imponen al sentido común de los investigadores, porque parten de sus propios presupuestos sociales y técnicos, sin tomar en cuenta el contexto y la racionalidad cultural con la cual enfrentan el mundo los niños pobres.

En sectores pobres de Estados Unidos se aplicó el test de Binet y, entre otras cosas, se les preguntaba a los niños lo si-

guiente: si van a un almacén abarrotes con los diez centavos que les dio un sacerdote, y compran cinco centavos de caramelos, ¿cuánto dinero les dan de vuelto? Los niños contestaban que si tuvieran diez centavos no los gastarían en caramelos (Klineberg, 1953). Los prejuicios racistas se imponen de tal manera que no pueden asumir la inteligencia de las respuestas de estos niños pobres. Si bien, reiterados estudios evidencian los errores y prejuicios de estas investigaciones, las mismas y sus conclusiones siguen persistiendo entre nosotros.

Según Washburn (1968), la revisión bibliográfica indica que, cuando niños de dos grupos de blancos difieren en su coeficiente de inteligencia, dichas diferencias se atribuyen a la educación, al medio ambiente social, a la posición económica de los padres; pero cuando niños blancos y negros difieren, la explicación es de tipo biológica.

Los racistas se rehúsan a aceptar los resultados, y reiteran sus interpretaciones pese a la cantidad de estudios que cuestionan sus datos y sus prejuicios. Un estudio demostró que negros que viven en el norte de Estados Unidos tienen un mayor cociente de inteligencia que blancos del sur de dicho país. Cuando se publicaron estos resultados, los investigadores racistas consideraron que habría existido una migración diferencial, por tanto, los negros más inteligentes se habrían desplazado hacia el Norte. Pero como señala un analista, ocurre que los blancos del norte, también tienen un cociente de inteligencia mayor que el de los blancos del sur, lo cual implicaría que los blancos más inteligentes, también habrían migrado hacia el norte (Washburn, 1968).

Como ya indicamos, algunos bien intencionados podrían aducir que estos errores son frecuentes, y que la ciencia apren-

de de sus errores, lo cual es correcto; pero como también ya reiteramos ¿por qué los errores siempre evidencian un racismo antinegro y no un racismo antiblanco? La reiteración del racismo científico obliga constantemente a tener que cuestionar sus afirmaciones.

Por ejemplo, una de las principales autoridades científicas en cuestiones de raza, entre los años 1920 y 1950, y me refiero al antropólogo E. Fisher, sostuvo que la inteligencia media es posiblemente la misma en todas las raza; pero según Fisher sólo la raza blanca, y tal vez la mongólica, tienen la capacidad de producir, permanentemente y en gran número, individuos que son líderes en sus respectivos campos, y de los cuales depende el progreso.

A partir de sus observaciones en Sudáfrica propuso que los negros pueden ser excelentes mecánicos y obreros, aprender aritmética y lenguas extranjeras y pueden competir con un campesino o un obrero de origen caucásico, pero no pueden generar científicos y empresarios. Para este especialista, la raza blanca, y los europeos en particular, son los únicos que pueden producir un número suficiente de hombres superiores que pueden abrir el camino en ciencia, en negocios y en política (Klineberg, 1953).

Estas propuestas siguieron manteniéndose con autores de la relevancia de Mühlmann o Schwidetzky, según ésta última, los estratos sociales corresponden a diferentes formas raciales, y esto se pondría de manifiesto en los contactos entre los europeos y los negridos, pues los primeros presentan caracteres más progresivos que los segundos, lo cual se evidencia en el hecho de que en todo contexto en que hubo relaciones entre

estos dos grupos, los európidos siempre ocuparon las capas sociales más altas. Ellos tuvieron siempre el rol de dirigentes (Schwidetzky, 1955).

A fines de los sesenta y durante los setenta, se desarrollaron algunas investigaciones que trataban de explicar —con argumentos biológicos— la persistencia de la pobreza, el fracaso de la guerra contra la pobreza, la violencia urbana o el fracaso escolar. Y nuevamente reaparecen los mismos cuestionamientos respecto de la falsedad de esas explicaciones y del objetivo ideológico de las mismas:

Hemos demostrado que toda estructura de las diferencias de inteligencia basadas genéticamente entre negros y blancos, y clase obrera y clase media no es otra cosa que ideología, que se deriva del presente orden social y sirve para sostenerlo. El IQ es el símbolo de una sociedad que está decidida a perpetuar las diferencias de clase [...] (Rose, 1979: 204).

Para concluir este capítulo, me interesa reiterar algunas aseveraciones formuladas a lo largo del texto. No obstante que se ha demostrado —reiteradamente— que la especie humana constituye una unidad y que las razas expresan algunas variaciones físicas que no tienen relación con diferencias o superioridades en términos de inteligencia, sociabilidad o cultura; pese a estas propuestas formuladas y demostradas una y otra vez, asistimos al constante retorno de explicaciones racistas sobre las diferencias en términos de inteligencia, de sociedad y de cultura.

Desde los setenta, pero sobre todo durante los ochenta, los racistas han fundamentado las diferencias en términos cultu-

rales, pero este racismo cultural promueve, lo mismo que el anterior, las diferencias y las incompatibilidades entre los miembros de diferentes culturas.

La ciencia forma parte básica de las sociedades actuales, especialmente de las más desarrolladas económicamente, apareciendo cada vez más como decisiva para favorecer el desarrollo económico productivo. Aunque puede ser usada crítica o no críticamente por los propios científicos, lo que no cabe duda es que la ciencia es continuamente apropiada por los sectores dominantes no sólo en términos productivos sino ideológicos, dado el tipo de institucionalización profesional de los científicos actuales. Los sectores dominantes seleccionan aquellas propuestas científicas que más convienen a sus objetivos, y ello más allá de que algunas propuestas científicas hayan sido descalificadas por los propios científicos.

La crisis de las propuestas sociales y de las teorías radicales, devenida sobre todo a partir del derrumbe de los socialismos reales, dio lugar al desarrollo de corrientes teóricas relativistas, pragmáticas y recuperadoras del papel del sujeto. Las mismas subrayaron las diferencias sociales y culturales de todo tipo que existen en nuestras sociedades, y una parte de estas corrientes consideraron al sujeto como motor de toda sociedad, tanto en términos de empresarios emprendedores, económicos o políticos como científicos. Esto posibilitó que durante el dominio del neoliberalismo, líderes políticos como la primer ministro británica M. Thatcher, sostuvieran que ‘la sociedad no existe; sólo existe el individuo’.

Sin embargo, durante los años sesenta y setenta, en Gran Bretaña —y por supuesto en la mayoría de los países— se genera-

ron críticas a estas afirmaciones en los campos de la antropología, sociología, economía, salud pública o criminología; críticas que, justamente, cuestionaban aquellas concepciones individualistas aplicadas en diferentes campos del saber y del hacer.

Pese a ello, el poder se ha apropiado de los aspectos que le interesa utilizar, los que realmente se han impuesto en los campos económicos, políticos y académicos. Y así el pragmatismo, el relativismo y especialmente el individualismo han justificado la existencia de diferencias de todo tipo³¹ y la incompatibilidad entre las mismas, así como que los raseros productivos deben ser medidos a partir de los sujetos y no de los grupos sociales.

Desde mediados del siglo XIX, la producción científica, sobre todo en biología y ciencias médicas, ha tenido un papel relevante como justificación científica de los racismos. Si bien, dicha producción también reiteradamente ha evidenciado los ‘mitos racistas’, sin embargo no ha conseguido eliminar la continuidad y vigencia de los mismos.

De allí que, como en tantos campos de la realidad, la investigación científica no debe reducirse al estudio de problemas y procesos, o en generar explicaciones y ‘productos’ y en evidenciar la ‘verdad’, sino en tratar de convertir dichos hallazgos en parte de nuestra vida cotidiana. Y si bien éste es un objetivo que va más allá de lo que se entiende como trabajo científico, considero que debiera ser parte central de toda investigación.

³¹ Subrayo, para evitar malos entendidos, que no cuestiono la recuperación del sujeto, ni el énfasis en las diferencias, sino ciertos usos que se hacen de los mismos.